

**PROCLAMA A LOS PERUANOS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
CIUDADANO JOSÉ DE LA MAR,
EL 30 DE AGOSTO DE 1828**

Conciudadanos:

La justa indignación que excita la proclama del general Bolívar y el vehemente deseo de marchar a responder a su insolente reto, parece que me restituyen inesperadamente la salud.

Antes de invadir el territorio, ha osado atacar una propiedad, que amamos tanto como la patria y más que nuestra misma vida: el honor. Terribles, abominables son las guerras fratricidas ¿pero qué hemos de hacer, si el patriotismo y el pundonor vulnerados nos ponen las armas en la mano?

Tiempo ha que estaba resuelta tan inicua agresión; y sólo se buscaba la oportunidad de realizarla. Ya ha llegado. La imprudencia más descarada, los ultrajes y denuestos son la vanguardia del Ejército con que se nos amenaza. Se nos pinta como agresores; y a la faz del mundo civilizado, en presencia de nuestros contemporáneos y de los testigos de los sucesos, se arroja a llamarnos pérfidos. Pérfido es él que prometió solemnemente mantener nuestras libertades patrias para despojarnos de ellas. Pérfido, él que hollando la ley y burlando la sinceridad de los pueblos usurpó su soberanía. Pérfido, el que apoyado en su espada les forzó a recibir su profesión de fe política, que es la execración de América y el escándalo de Europa. ¡Y es pérfido el Perú! Por mí mismo y como órgano del sentimiento nacional digo delante del Universo, que pérfida es la mano que escribió contra nosotros tan enorme injuria, que mienten sin pudor los labios que la profirieron. Decidan los hombres imparciales de parte de quien está la perfidia.

El Gobierno veía a la República amenazada de una doble agresión. El artero jefe de la nueva nación del Alto Perú, de concierto con el que alevosamente la llama su hija, movió por el sur todos los resortes de su acreditado maquiavelismo y con fuerza armada se avanzó precipitadamente a poner en obra sus siniestros designios. Por el norte el general Bolívar mandaba levantar un Ejército y ocupar las fronteras y coordinar los elementos para volvernos a subyugar. Y cuando el Gobierno miraba acercarse la tempestad; cuando sabía todas las órdenes de sangre y exterminio que se daban secretamente a los jefes; cuando conocía todos los pasos que se daban en ruina del Perú, y palpaba las tramas que se formaban y los lazos que se tendían ¿era racional que yaciese en una criminal indolencia? ¿Y merece que se le acuse de pérfido porque no se ha dejado engañar y sorprender? Pero ¿por qué asombrarse de que cuándo el general Bolívar ha invertido el nombre de las cosas, según sus intereses, cuando llama Gobierno firme y fuerte al despotismo; rebeldes, a los pueblos exasperados; anarquía, el clamor de los oprimidos; tranquilidad pública, el silencio de los esclavos; energía, los trasportes de la ira; derecho natural, el ejercicio de la fuerza; orden, el uso arbitrario del poder; y leyes, sus caprichos? ¿Por qué admirar que también llame perfidia nuestra previsión y

nuestros esfuerzos para impedir los desastres con que nos amaga la venganza implacable de un ambicioso?

Llama, en fin, agresión y perfidia el auxilio que prestamos a la nueva república que ya se avergüenza de su nombre, para que rompiese el férreo yugo en que gemía. Pero nadie se avanzará a negar que nuestras tropas estacionadas para atender al que se nombraba Ejército de observación o más bien al cordón sanitario de la frontera, sólo se movieron al ruego que de todos los ángulos del Alto Perú se les dirigía invocándolas como libertadoras; más no en el sentido irónico con que algunos años ha profanan esta palabra, los que cifran su gloria en la servidumbre de los pueblos. Nuestro Ejército y el benemérito general que lo mandaba, llenaron su deber. Entraron, restituyeron a su libertad ese desgraciado país a despecho de la resistencia y amaños de sus dominadores; y se retiran sin retardo para que se dicte libremente las leyes que le convengan. Si tan generosa conducta merece el desdorado título de agresión y perfidia ¿Cuál queda reservado para las de aquél que desde el Orinoco hasta el Pilcomayo no ha pisado un palmo de tierra sin haberlo devastado, y hecho entrar bajo su dominación? De aquel que sólo ha sido tenazmente fiel a ese grito involuntario de su conciencia, con el que una vez y quizá sin poderse retractar, se denunció él mismo como un ciudadano peligroso en el Estado, y cuya existencia era una amenaza perpetua a la República.

Peruanos:

Habéis vindicado vuestra dignidad, destruyendo el régimen ficticio, ilegal y extraordinario bajo que gemáis en el envilecimiento; habéis recobrado vuestra independencia rasgando esa famosa Carta que debía sellar vuestra esclavitud y coronar la carrera del guerrero legislador. Tened siempre fijos en vuestra mente estos actos grandes y solemnes de la voluntad nacional. No hay paz con los tiranos, ni fe en sus promesas, ni otro código que las bayonetas, ni seguridad, sino en arrojarlos por siempre de la tierra que oprimen y cubren de luto y de dolor.

Conciudadanos:

Muramos con gloria antes de vivir en la ignominia: indignos son del nombre de peruanos, del aprecio de sus compatriotas y de la protección de las leyes, los que insensibles a los conflictos de la República le niegan su ayuda, y crueles le rehúsan los sacrificios que tiene derecho a demandar de cada uno de sus hijos.

Soldados:

Queridos compañeros de armas, apoyo incontrastable de la independencia: os debo la reputación con que me honra la patria, esa divinidad consoladora y benéfica de los hombres, nos llama hoy a defenderla y a vengarla. Corramos a rodearla con nuestros brazos y hacer de ellos un muro inexpugnable. Corremos a un triunfo fácil y glorioso. Los valientes de Colombia son con nosotros; los que han vencido en los combates por la independencia y libertad, los que han sostenido con su espada estos derechos sacrosantos de los pueblos, y fieles a su conciencia en nada han desmentido los solemnes juramentos que hicieron

al cielo ya los hombres. Los que sirven a la tiranía no son soldados, ni valientes, ni colombianos.

Amigos:

Volemos al combate, que por amor a la humanidad hemos procurado evitar, y a que ya nos compromete la audacia del enemigo de nuestra Constitución y nuestras leyes. Los soldados de la República llevan consigo el triunfo de la razón, el valor irresistible que ésta inspira y que doblega a la fortuna. Mostraos como siempre dignos de sostener la causa de la justicia y del honor. Sí: restauremos la gloria amancillada de las armas republicanas; probemos al Universo, y hagamos sentir a injustos enemigos que la virtud es el alma de nuestros Ejércitos, que no les aqueja la abominable sed de las conquistas, que distingue a esos célebres bandidos, que aspirando a un falso y execrado heroísmo sacrifican millares de víctimas a su ambición desenfrenada.